



EL GRAN CONFLICTO

Una saga milenaria y su sorprendente final

ELENA G. DE WHITE

Si apreciaste el mensaje de este libro y deseas más información sobre la Iglesia Adventista del Séptimo Día y sus servicios –tales como iglesias, colegios, universidades, hospitales, clínicas, casas editoras, proyectos de acción solidaria, *Vida por vidas*, *Basta de Silencio*, etc.–, visita:
adventistas.org/es/

El libro *El Gran Conflicto* puede ser leído en formato digital y enviado a un amigo. Busca:
libro.esperanzaweb.com

Conoce también la Radio y TV Nuevo Tiempo: **nuevotiempo.org**

Puedes solicitar mayor información en los siguientes correos electrónicos y teléfonos de tu país:

Argentina

libro.esperanza@adventistas.org.ar
WhatsApp: +54-9-1150025454

Bolivia

http://ub.adventistas.org
union.boliviana@adventistas.org.bo
Tel.: UB +591 67004392
CNT: 440-2685
WhatsApp: Nuevo Tiempo:
+591-72237330
Escuela Bíblica: +591-67407702
FB: @AdventistasBolivia/
@nuevotiempobolivia/

Chile

www.nuevotiempo.cl
www.adventistas.cl
esperanza@nuevotiempo.cl
Tel.: +56 (2) 2433 5800
WhatsApp: +569 64808088
WhatsApp: +569 64324347
WhatsApp: +569 73443393

Ecuador

esperanza@adventistas.ec
Tel.: Guayaquil: 04-236-1845
Quito: 02-2527631
nuevotiempo.ecuador@adventistas.org

Paraguay

esperanza.paraguay@adventistas.org
Tel.: +595-971-430222

Perú Norte

esperanza.upn@adventistas.org
Tel.: 416-9700
WhatsApp: +51 997 541 425

Perú Sur

esperanza.ups@adventistas.org
Tel.: 610-7700

Uruguay

esperanza.uy@adventistas.org
Tel.: 2303-8871

***Debes saber que Dios tiene un plan especial para tu vida.
Busca conocerlo mejor y vive con más esperanza.***

EL GRAN CONFLICTO

Una saga milenaria y su sorprendente final

ELENA G. DE WHITE



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Índice de contenido

Por qué debes leer este libro	5
Descorriendo el velo del futuro	7
1. Una revelación del destino del mundo	13
2. La lealtad y la fe de los primeros cristianos	20
3. Una era de tinieblas espirituales	24
4. Los valdenses defienden la fe	30
5. La luz emerge en Inglaterra	37
6. Dos héroes enfrentan la muerte	44
7. Lutero, el hombre para su tiempo	54
8. Un paladín de la verdad	65
9. Se enciende una luz en Suiza	77
10. Progresos en Alemania	83
11. La protesta de los príncipes	88
12. El amanecer en Francia	94
13. En los Países Bajos y Escandinavia	105
14. La verdad progresa en Inglaterra	109
15. El régimen del Terror en Francia: su verdadera causa	118
16. América, tierra de libertad	128
17. Una esperanza que infunde paz	133
18. Nueva luz en el Nuevo Mundo	141
19. Luz a pesar del chasco	153
20. Un gran movimiento mundial	158
21. Advertencias rechazadas	166
22. Profecías cumplidas	173
23. El misterio revelado con respecto al Santuario	179
24. ¿Qué está haciendo Cristo ahora?	186
25. La inmutable Ley de Dios	190
26. Se restaura la verdad	198
27. ¿Cuánto éxito tienen los reavivamientos modernos?	201
28. El registro de nuestra vida	208
29. El origen del mal y del dolor	214
30. El gran enemigo del ser humano	219

31.	¿Quiénes son los espíritus malignos?	221
32.	Cómo derrotar a Satanás	224
33.	¿Qué hay más allá de la tumba?	229
34.	¿Quiénes son los “espíritus” del espiritismo?	236
35.	La libertad de conciencia amenazada	241
36.	El conflicto inminente	249
37.	Nuestra única protección	254
38.	El mensaje final de Dios	258
39.	El tiempo de angustia	262
40.	La liberación del pueblo de Dios	270
41.	La Tierra en ruinas	277
42.	Paz eterna: el fin del conflicto	281

Por qué debes leer este libro

Para millones de personas, la vida resulta absurda y carente de significado. La ciencia, la tecnología, y aun la filosofía y la teología, han considerado a los seres humanos como meros productos de la casualidad. Sin embargo, consciente o inconscientemente, tanto los hombres como las mujeres hallan difícil aceptar una existencia sin propósito. La violencia, las protestas, la rebelión y la drogadicción son, en muchos casos, las manifestaciones irracionales de personas que están luchando con un espantoso sentimiento de confusión, como de seres que están totalmente perdidos. Como huérfanos, claman en su soledad y desesperación: “¿Quién soy yo? ¿Quiénes son mis padres? ¿Por qué me abandonaron? ¿Cómo podría encontrarlos?”

Muchos acuden a la ciencia en busca de una respuesta, afinando los grandes radiotelescopios que pulsan el ritmo de las estrellas, como para preguntar: ¿Existe alguien por allí que me conozca? ¿Alguien que tenga interés en mí? Pero la ciencia no tiene respuesta. La ciencia puede contestar preguntas en cuanto al mecanismo de las cosas: ¿Cómo está hecho un átomo? ¿Cómo se divide? ¿Cómo funciona nuestra mente? ¿Cómo está hecho el universo? Pero es incapaz de explicar los propósitos de estas realidades.

La ciencia no puede decirnos por qué existe un átomo, por qué existen en el mundo seres humanos, cómo apareció un universo. Tampoco puede contestar los interrogantes angustiosos que se formulan en todos lados y aun a la gente pensadora: Si existe justicia y significado en el universo, ¿por qué el inocente sufre como el culpable? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Continúa viviendo la persona humana?

Las iglesias cristianas de hoy ¿representan en verdad a Dios? ¿Dónde está la verdad? ¿Qué futuro tiene nuestro mundo? ¿Terminará con el llanto de un niño que lucha en medio de la agonía de sus últimas inspiraciones en una atmósfera contaminada, o con el estallido formidable de un infierno atómico producido por una bomba de hidrógeno? ¿O es que los seres humanos –que en toda la historia nunca han conseguido dominar su propio egoísmo básico– repentinamente tendrán éxito en desterrar el mal, la guerra, la pobreza y aun la muerte?

Este libro brinda respuestas consoladoras. La vida tiene significado. ¡No estamos solos en el universo! ¡Hay Alguien que nos cuida y está interesado en nosotros! Alguien que, por cierto, está muy interesado en el desarrollo de la historia humana, que se unió con nuestra raza en persona, de manera que él pudiera alcanzarnos, y nosotros llegar a él. Alguien cuya mano todopoderosa ha estado sobre este planeta y lo conducirá de regreso a la paz, muy pronto.

Pero, hace muchísimos siglos, un ser cósmico persuasivo se propuso asumir el control de nuestro mundo y desviar el plan de Dios para la felicidad de la familia

humana. En lenguaje gráfico –que millares de personas han considerado un lenguaje inspirado– la autora de este libro descorre el velo de lo confuso y desconocido, y en forma valiente expone las estrategias de ese ser poderoso, aunque invisible, cuya mano está extendida para tomar posesión de la soberanía de nuestro mundo. En el escenario humano, gobernantes idólatras y organismos religiosos apóstatas son expuestos como participantes en esta gran conspiración.

Solamente en una época de libertad religiosa podía imprimirse un libro como este, y circular con tanta profusión, puesto que se refiere en forma muy directa a algunas de las instituciones más poderosas de nuestro tiempo. Nos explica la razón por la que se necesitó una Reforma, y por qué esta se detuvo; nos cuenta la triste historia de la iglesia apostólica, las alianzas persecutorias, la gestación de una peligrosa unión entre la Iglesia y el Estado, que jugará un papel importante antes de que finalice la lucha milenaria entre el mal y el bien. Y todo ser humano será participante en este tremendo conflicto.

Aquí la autora escribe acerca de cosas que ni siquiera existían en su época. Y habla con una honradez que perturba y alarma, pero a la vez orienta. Los diferentes aspectos del conflicto son tan grandes, y las posibles consecuencias tan enormes, que alguien tenía que hacerse eco forzosamente de estas palabras de advertencia e iluminación.

Ninguna persona que lea este libro pensará que el motivo que lo llevó a leerlo es obra de la casualidad.

Los editores

Versiones de la Biblia utilizadas

En la edición de este libro, los pasajes bíblicos se transcribieron por regla general de la *Nueva Versión Internacional*; pero donde, por motivos de mayor claridad, se consideró conveniente usar otra versión, se indicó según las siguientes abreviaturas:

BJ	<i>Biblia de Jerusalén</i>
JBS	<i>Biblia del Jubileo</i>
NBLA	<i>Nueva Biblia de las Américas</i>
NTV	<i>Nueva Traducción Viviente</i>
RV 1865	Reina-Valera 1865
RV 1909	Reina-Valera 1909
RV 60	Reina-Valera 1960
RV 77	Reina-Valera 1977
RV 95	Reina-Valera 1995
RVA-2000	Reina-Valera 2000 Actualizada
RVA-2015	Reina-Valera Actualizada 2015
RVC	Reina-Valera Contemporánea
VM	Biblia Versión Moderna

Descorriendo el velo del futuro¹

Antes de que el pecado entrara en el mundo, Adán gozaba de una comunión directa con su Creador; pero desde que el hombre se separó de Dios por causa del pecado, ese gran privilegio le ha sido negado a la raza humana. Sin embargo, mediante el plan de redención, se abrió un camino para que los habitantes de la Tierra pudieran seguir teniendo relación con el Cielo. Dios se comunicó con el ser humano mediante su Espíritu; y por medio de las revelaciones hechas a sus siervos escogidos la luz divina se esparció por el mundo. “Los santos hombres de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo” (2 S. Pedro 1:21).

Durante los primeros dos mil quinientos años de la historia humana, no hubo revelación escrita. Los que eran enseñados por Dios comunicaban sus conocimientos a otros, y estos conocimientos eran así transmitidos de padres a hijos a lo largo de generaciones sucesivas. La redacción de la Palabra escrita empezó en tiempos de Moisés. Los conocimientos inspirados fueron entonces compilados en un libro inspirado. Esa labor continuó durante el largo período de mil seiscientos años; desde Moisés, el historiador de la Creación y de la Ley, hasta Juan, el narrador de las verdades más sublimes del evangelio.

La Biblia señala a Dios como Autor de ella; sin embargo, fue escrita por manos humanas, y la diversidad de estilo de sus diferentes libros revela las características de los diversos autores. Las verdades reveladas son todas inspiradas por Dios (2 Timoteo 3:16); aun así, están expresadas en palabras humanas. El Ser supremo e infinito iluminó con su Espíritu la mente y el corazón de sus siervos. Les daba sueños y visiones y les mostraba símbolos y figuras; y aquellos que recibían esta revelación plasmaban el pensamiento en palabras humanas.

Escritos en épocas diferentes y por personas que diferían notablemente en condición y ocupación, así como en facultades intelectuales y espirituales, los libros de la Biblia presentan contrastes en su estilo, como también diversidad en la naturaleza de los temas que desarrollan. Sus diferentes escritores se valieron de diversas formas de expresión; a menudo la misma verdad está presentada por uno de ellos de modo más impactante que por otro. Ahora bien, como varios de sus autores nos presentan el mismo tema según aspectos y relaciones diferentes, puede parecerle al lector superficial, descuidado o prejuiciado que hay discrepancias o contradicciones allí donde el estudioso atento y respetuoso percibe, con discernimiento más claro, la armonía subyacente.

¹Introducción de la autora.

Al ser presentada mediante diferentes personas, la verdad aparece en sus variados aspectos. Un escritor queda más fuertemente impresionado con un aspecto del tema; capta esos puntos que armonizan con su experiencia o con sus facultades de percepción y apreciación; otro nota un aspecto diferente; y cada uno, bajo la dirección del Espíritu Santo, presenta lo que ha quedado marcado con más fuerza en su propia mente: en cada uno hay un aspecto diferente de la verdad, pero de principio a fin hay en todos una perfecta armonía. Y las verdades así reveladas se unen para formar un todo perfecto, adaptado para satisfacer las necesidades de las personas en todas las circunstancias y las experiencias de la vida.

Dios se ha complacido en comunicar su verdad al mundo por medio de instrumentos humanos, y él mismo, mediante su Santo Espíritu, hizo idóneos a los hombres y los habilitó para realizar esa obra. Guio la mente de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir. El tesoro fue confiado a vasijas de barro; pero no por eso deja de provenir del Cielo. El testimonio se transmite mediante la expresión imperfecta del lenguaje humano, y sin embargo es el testimonio de Dios; y el hijo de Dios que obedece y cree contempla en él la gloria de un poder divino, lleno de gracia y de verdad.

En su Palabra, Dios ha entregado a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como una revelación autorizada e infalible de su voluntad. Son la norma del carácter, nos revelan las doctrinas y son el criterio para evaluar la experiencia. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17).

Sin embargo, el hecho de que Dios haya revelado su voluntad a la humanidad por medio de su Palabra no ha convertido en innecesaria la continua presencia y guía del Espíritu Santo. Por el contrario, el Salvador prometió que el Espíritu les facilitaría a sus siervos la comprensión de la Palabra, a fin de iluminar y aplicar sus enseñanzas. Y, como el Espíritu de Dios fue quien inspiró la Biblia, resulta imposible que las enseñanzas del Espíritu entren en contradicción con las de la Palabra.

El Espíritu no fue dado —ni puede jamás ser otorgado— para reemplazar a la Biblia, dado que las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la que toda enseñanza y toda experiencia deben ser probadas. “Queridos hermanos, no crean a cualquiera que pretenda estar inspirado por el Espíritu, sino sométanlo a prueba para ver si es de Dios, porque han salido por el mundo muchos falsos profetas” (1 S. Juan 4:1). E Isaías declara: “¡A la enseñanza y al testimonio! Si sus palabras no corresponden a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Se ha traído gran oprobio sobre la obra del Espíritu Santo por los errores de una clase de personas que, pretendiendo ser iluminadas por él, aseguran no tener más necesidad de ser guiadas por la Palabra de Dios. Están dominadas por impresiones que consideran como la voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que las controla no es el Espíritu de Dios. Dejarse guiar por impresiones y descuidar las Santas

Escrituras solo puede conducir a la confusión, el engaño y la ruina. Esto solo sirve para impulsar los designios del maligno. Y, como el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, una de las estrategias de Satanás consiste en provocar desprecio hacia la obra del Espíritu por medio de los errores de los extremistas y fanáticos, y en hacer que el pueblo de Dios descuide esta fuente de fortaleza de la que nuestro Señor nos ha provisto.

Según la Palabra de Dios, el Espíritu Santo habría de continuar su obra durante todo el período de la dispensación cristiana. Durante las edades mientras se impartían las Escrituras tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo no cesó de comunicar luz a las mentes individuales, además de las revelaciones que debían ser incorporadas en el Canon Sagrado. La Biblia misma relata cómo, por intermedio del Espíritu Santo, las personas recibieron advertencias, reprensiones, consejos e instrucciones en asuntos que de ninguna manera se relacionaban con la entrega de las Escrituras. También menciona a profetas que vivieron en épocas diferentes, pero de cuyas declaraciones no tenemos registro alguno. Asimismo, una vez cerrado el canon de las Escrituras, el Espíritu Santo habría de continuar su obra de iluminar, advertir y consolar a los hijos de Dios.

Jesús les prometió a sus discípulos: “El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, los consolará y les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que yo les he dicho”. “Cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad [...] y les hará saber las cosas que habrán de venir” (S. Juan 14:26; 16:13). Las Escrituras enseñan claramente que estas promesas, lejos de limitarse a los días apostólicos, se extienden a la iglesia de Cristo en todas las edades. El Salvador les asegura a sus seguidores: “Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (S. Mateo 28:20). Y Pablo declara que los dones y las manifestaciones del Espíritu fueron dados a la iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para desempeñar su ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un estado perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12, 13).

El apóstol oró así por los creyentes de Éfeso: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él. Pido también que Dios les dé la luz necesaria para que sepan cuál es la esperanza a la cual los ha llamado [...] y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa” (Efesios 1:17-19, RVC). La bendición que Pablo pedía para la iglesia de Éfeso era que el ministerio del Espíritu divino iluminara el entendimiento y revelase a la mente las cosas profundas de la santa Palabra de Dios.

Después de la maravillosa manifestación del Espíritu Santo el Día de Pentecostés, Pedro llamó al pueblo al arrepentimiento y a que se bautizara en el nombre de Cristo, para el perdón de sus pecados; y dijo: “Recibirán el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para ustedes y para sus hijos y para todos los que están lejos, para tantos como el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:38, 39, NBLA).

En inmediata conexión con las escenas del gran Día de Dios, el Señor prometió por medio del profeta Joel una manifestación especial de su Espíritu (Joel 2:28). Esta profecía se cumplió parcialmente con el derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés; pero alcanzará su cumplimiento pleno en la manifestación de la gracia divina que acompañará la terminación de la obra del evangelio.

El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta el mismo fin de los tiempos. En todas las edades, la ira de Satanás se ha manifestado contra la iglesia de Cristo; y Dios ha derramado su gracia y su Espíritu sobre su pueblo con el fin de fortalecerlo para oponerse al poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban por llevar el evangelio al mundo y registrarlos para provecho de todos los siglos venideros, fueron dotados especialmente con la iluminación del Espíritu. Pero, a medida que la iglesia se vaya acercando a su liberación final, Satanás obrará con mayor poder. Descenderá “lleno de ira, porque sabe que le queda poco tiempo” (Apocalipsis 12:12, RVC). Obrará “con poder, señales y milagros falsos” (2 Tesalonicenses 2:9, NTV). Por espacio de seis mil años esa mente maestra, después de haber sido la más alta entre los ángeles de Dios, no ha servido más que para el engaño y la ruina. Y en el conflicto final se emplearán contra el pueblo de Dios todos los recursos de la habilidad y la sutileza satánicas, y toda la crueldad desarrollada en esas luchas durante siglos. En ese tiempo de peligro, los discípulos de Cristo tienen que alertar al mundo acerca de la segunda venida del Señor, y se preparará a un pueblo “sin mancha y sin defecto” para comparecer ante él en su venida (2 S. Pedro 3:14). Entonces, el derramamiento especial de la gracia y el poder divinos no será menos necesario de lo que lo fue para la iglesia en los días apostólicos.

Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la prolongada lucha entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe estas páginas. En varias ocasiones se me permitió contemplar, en diferentes épocas, las peripecias de la gran controversia entre Cristo, el Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, el príncipe del mal, autor del pecado y primer transgresor de la santa Ley de Dios. La enemistad de Satanás contra Cristo se ha manifestado contra sus seguidores. En toda la historia pasada puede verse el mismo odio a los principios de la Ley de Dios, la misma táctica de engaño, mediante lo cual el error se hace aparecer como verdad, se hace que las leyes humanas sustituyan la Ley de Dios y se induce a los hombres a adorar a la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para hacer que los hombres adopten un falso concepto del Creador y así hacer que lo consideren con temor y odio antes que con amor; sus esfuerzos por suprimir la Ley divina y hacer creer a la gente que está liberada de sus requerimientos; sus persecuciones dirigidas contra quienes se atreven a resistir sus engaños; todo ha existido con rigor implacable en todas las épocas. Sus esfuerzos se pueden ver en la historia de los patriarcas, los profetas y los apóstoles, y en la de los mártires y los reformadores.

En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma táctica, manifestará el mismo espíritu y trabajará con el mismo fin que en todas las edades pasadas.

Lo que ha sido volverá a ser, con el agravante de que estará señalado por una intensidad tan terrible que el mundo no vio jamás. Los engaños de Satanás serán más sutiles: sus ataques, más resueltos. Si le fuera posible, engañaría aun a los elegidos (S. Marcos 13:22).

A medida que el Espíritu de Dios abrió mi mente a las grandes verdades de su Palabra, y a las escenas del pasado y de lo por venir, se me ordenó que diera a conocer a otros lo que se me había mostrado, y que elaborase un bosquejo de la historia del Conflicto en las edades pasadas, y especialmente que la presentara de tal modo que derramase luz sobre la lucha futura que pronto se avecina. Con este fin, he tratado de escoger y reunir acontecimientos de la historia de la iglesia en forma tal que quedara bosquejado el desenvolvimiento de las grandes verdades probatorias que en diversas épocas han sido dadas al mundo, que han incitado la ira de Satanás y la enemistad de una iglesia amiga del mundo, y han sido sostenidas por el testimonio de aquellos que “no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte” (Apocalipsis 12:11).

En estos registros podemos ver un anticipo del conflicto que nos espera. Considerándolos a la luz de la Palabra de Dios, y por la iluminación de su Espíritu, podemos ver expuesta la astucia del maligno y los peligros que deberán evitar los que quieran ser hallados “sin mancha” ante el Señor cuando él venga.

Los grandes acontecimientos que marcaron los pasos de reforma que se dieron en siglos pasados son hechos históricos tan bien conocidos, y tan universalmente aceptados, que nadie puede negarlos. He presentado esa historia en forma resumida, de acuerdo con el objetivo de este libro y con la brevedad que necesariamente debe observarse, condensando los hechos en forma comprensible y relacionándolos con las enseñanzas que de ellos se desprenden. En algunos casos, cuando encontré que un historiador había reunido los hechos y presentado en pocas líneas un claro conjunto del tema abordado, o resumido los detalles en forma conveniente, he reproducido sus palabras. Pero en otros no se ha mencionado al autor, puesto que las citas fueron usadas no tanto para referirse a esos escritos como fuente de autoridad, sino porque sus palabras ofrecían una presentación pulida y contundente del tema. Y, al referir los casos y los puntos de vista de quienes siguen adelante con la obra de reforma en nuestro tiempo, utilicé en forma similar las obras que han publicado.

El objetivo de este libro no consiste tanto en presentar nuevas verdades relativas a las luchas de edades pasadas, como en hacer resaltar hechos y principios que tienen relación con eventos futuros. Sin embargo, cuando se los considera como parte del conflicto entre las potencias de la luz y las de las tinieblas, todos esos registros del pasado cobran un nuevo significado; y se desprende de ellos una luz que proyecta rayos sobre el futuro e ilumina el sendero de quienes, como los reformadores de los siglos pasados, serán llamados, aun a costa de sacrificar todo bien terrenal, a testificar de “la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:2).

El objetivo de esta obra es (1) revelar las escenas del gran conflicto entre la verdad y el error; (2) descubrir los engaños de Satanás y la manera en que se lo puede

enfrentar con éxito; (3) presentar una solución satisfactoria al gran problema del mal, derramando luz sobre el origen y el fin del pecado en forma tal que la justicia y la bondad de Dios en sus relaciones con sus criaturas queden plenamente manifiestas; y (4) dejar en claro el carácter sagrado e inmutable de su Ley. Mi ferviente oración es que, por su influencia, muchos se libren del poder de las tinieblas y sean facultados “para participar de la herencia de los santos en el reino de la luz” (Colosenses 1:12), para la gloria de aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

Elena G. de White

Una revelación del destino del mundo

Desde la cumbre del Monte de los Olivos, Jesús contemplaba Jerusalén, donde resaltaban las magníficas construcciones del Templo. El sol poniente doraba la nivea blancura de sus muros de mármol y se reflejaba en la parte superior del Templo y su torre. ¿Qué miembro del pueblo de Israel podía observar la escena sin sentir gozo y admiración? Pero eran otros los pensamientos que ocupaban la mente de Jesús. “Cuando se acercaba a Jerusalén, Jesús vio la ciudad y lloró por ella” (S. Lucas 19:41).

Jesús no derramaba lágrimas por sí mismo, aunque ante él se encontraba el Getsemaní, el escenario de su próxima agonía, y poco más allá estaba el Calvario, el lugar de su crucifixión. Pero, no eran estas las escenas que ensombrecían esta hora de alegría. Lloraba por el fatal destino de los millares de Jerusalén.

Jesús observaba la historia de más de mil años en que el favor especial y el cuidado protector de Dios se habían manifestado hacia el pueblo elegido. Jerusalén había sido honrada por Dios más que cualquier otro lugar de la Tierra. El Señor “eligió a Sión, y decidió establecer allí su santuario” (Salmo 132:13, RVC). Durante siglos, los santos profetas habían anunciado mensajes de advertencia. A diario, la sangre de los corderos había sido ofrecida para representar la del Cordero de Dios.

Si Israel se hubiera mantenido leal al Cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre como la elegida de Dios. Pero la historia de este pueblo favorecido era un registro de apostasías y rebeliones. Con más amorosa compasión que un padre, Dios había tenido “amor a su pueblo y al lugar donde habita” (2 Crónicas 36:15).

Dado que las amonestaciones y las reprensiones habían fallado, él envió el mayor don del Cielo, el Hijo de Dios mismo, para exhortar a la ciudad obstinada.

Durante tres años, el Señor de luz y gloria había caminado entre su pueblo “haciendo el bien y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo”, poniendo en libertad a los cautivos, devolviendo la vista a los ciegos, haciendo andar a los cojos y oír a los sordos, limpiando a los leprosos, resucitando a los muertos y predicando el evangelio a los pobres (ver Hechos 10:38; S. Lucas 4:18; S. Mateo 11:5).

Como un peregrino sin hogar, vivió para suplir las necesidades y aligerar las penas de la humanidad, y para rogarles que aceptaran el don de la vida. Las olas de misericordia, rechazadas por esos corazones obstinados, regresaban en una marea más

fuerte de amor compasivo e inexpressable. Pero Israel había rechazado a su mejor Amigo y a su único Ayudador. Los ruegos de su amor habían sido despreciados.

La hora de esperanza y perdón se estaba esfumando rápidamente. La tormenta que se había estado formando durante siglos de apostasía y rebelión estaba por estallar sobre un pueblo culpable. El único que podía salvarlos de su destino inminente había sido despreciado, maltratado y rechazado, y pronto iba a ser crucificado.

Cuando Cristo contempló Jerusalén, lo angustiaba la condenación de toda una ciudad, de toda una nación. Contempló al ángel destructor con la espada levantada contra la ciudad que durante tanto tiempo había sido la morada de Dios. Desde el mismo lugar que más tarde fue ocupado por Tito y su ejército, contempló, al otro lado del valle, los atrios y los pórticos sagrados. Con ojos inundados por las lágrimas, vio las murallas rodeadas de tropas enemigas. Oyó la marcha de los ejércitos que avanzaban en son de guerra, la voz de las madres y los niños que clamaban por pan en la ciudad sitiada. Vio su santo Templo, sus palacios y sus torres entregados a las llamas, y reducidos a un montón de ruinas humeantes.

Al mirar a lo largo de los siglos, vio al pueblo del Pacto esparcido por todos los países, “como náufragos en una playa desierta”. La piedad divina y el sublime amor de Cristo se volcaron en las amorosas palabras: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!” (S. Mateo 23:37).

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y la rebelión, que está pronto a recibir los juicios retributivos de Dios. Su corazón se conmovió de piedad por los que en la Tierra estaban afligidos y sufrían. Anhelaba aliviarlos, y estaba dispuesto a derramar su alma hasta la muerte para poner la salvación a su alcance.

¡La Majestad del Cielo envuelta en lágrimas! Esa escena muestra cuán dura es la tarea de salvar al culpable de las consecuencias de la transgresión de la Ley de Dios. Jesús vio al mundo envuelto en el engaño, un engaño similar al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos fue que rechazaron a Cristo; el gran pecado del mundo sería rechazar la Ley de Dios, el fundamento de su gobierno en el Cielo y en la Tierra. Millones de personas esclavizadas por el pecado, en peligro de sufrir la muerte eterna, rehusarían escuchar las palabras de verdad el día que se las dijeran.

El magnífico Templo, condenado

Dos días antes de la Pascua, Cristo fue de nuevo con sus discípulos al Monte de los Olivos, que dominaba la ciudad. Una vez más, observó el Templo con su deslumbrante esplendor, una joya de hermosura. Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, había completado el primer Templo, el edificio más magnífico que el mundo haya visto. Después de su destrucción por parte de Nabucodonosor, fue reedificado alrededor de quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

Pero el segundo Templo no había igualado al primero en esplendor. No hubo una nube de gloria, no descendió fuego del Cielo sobre su altar. El Arca, el Propiciatorio y las Tablas del Testimonio no se encontraban allí. No se escuchaba una voz procedente del Cielo que le manifestara al sacerdote la voluntad de Dios. El segundo Templo no fue honrado por la nube de la gloria de Dios, pero sí con la presencia viva de aquel que era Dios mismo manifestado en carne. El “Deseado de todas las gentes” había venido a su Templo cuando el Hombre de Nazaret enseñaba y sanaba en los atrios sagrados. Pero Israel había rechazado el Don ofrecido por el Cielo. Junto con el humilde Maestro que ese día había salido por sus doradas puertas, la gloria se había apartado para siempre del Templo. Ya se estaban cumpliendo las palabras del Salvador: “La casa de ustedes va a quedar abandonada” (S. Mateo 23:38).

Los discípulos se habían llenado de asombro ante el anuncio profético de Cristo de que el Templo sería destruido, y anhelaban entender el significado de sus palabras. Herodes el Grande había contribuido tanto con tesoros romanos como con recursos judíos para darle mayor hermosura. Enormes bloques de mármol blanco, traídos desde Roma, formaban parte de su estructura. A estos, los discípulos habían llamado la atención de su Maestro, diciendo: “¡Mira, Maestro! ¡Qué piedras! ¡Qué edificios!” (S. Marcos 13:1).

Pero Jesús respondió con estas solemnes y terribles palabras: “¿Ven todo esto? Les aseguro que no quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado” (S. Mateo 24:2). El Señor les había dicho a los discípulos que él vendría por segunda vez. Por lo tanto, ante la mención de los juicios que caerían sobre Jerusalén, sus mentes se concentraron en su venida, y preguntaron: “¿Cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?” (S. Mateo 24:3).

Cristo presentó delante de ellos un delineamiento de los principales acontecimientos que ocurrirían antes del fin del tiempo. La profecía que pronunció tenía un doble significado. En tanto que anunciaba la destrucción de Jerusalén, predecía a la vez los terrores de los días finales del mundo.

Los juicios de Dios caerían sobre Israel por haber rechazado y crucificado al Mesías. “Así que cuando vean en el lugar santo ‘el horrible sacrilegio’, del que habló el profeta Daniel (el que lee, que lo entienda), los que estén en Judea huyan a las montañas” (S. Mateo 24:15, 16; ver también S. Lucas 21:20, 21). Cuando los estandartes idólatricos de los romanos se establecieran en los terrenos sagrados fuera de los muros de la ciudad, los seguidores de Cristo debían huir para salvarse. Los que escaparan debían hacerlo sin demora. Debido a los pecados de Jerusalén, la ira caería sobre la ciudad. Su persistente incredulidad hizo que su destrucción fuera segura (ver Miqueas 3:9-12).

Los habitantes de Jerusalén acusaron a Cristo de ser la causa de todos los problemas que les habían sobrevenido como consecuencia de sus pecados. Aunque sabían que él era sin pecado, declararon que su muerte era necesaria para la seguridad de la nación. Aceptaron la sentencia del sumo sacerdote, que les dijo que sería mejor que muriera un hombre y no que toda la nación se perdiera (ver S. Juan 11:47-53).

Aunque mataron a su Salvador porque él censuró sus pecados, ¡se consideraban a sí mismos como el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor los libertara de sus enemigos!

La paciencia de Dios

Durante casi cuarenta años, el Señor retrasó sus juicios. Había todavía muchos judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían disfrutado del conocimiento que sus padres habían despreciado. Mediante la predicación de los apóstoles, Dios hizo que la luz brillara sobre ellos. Veían cómo la profecía se había cumplido no solamente con el nacimiento y la vida de Cristo, sino también con su muerte y su resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando ellos rechazaron el conocimiento adicional que les fue concedido, se hicieron partícipes de los pecados de sus mayores y colmaron la medida de su iniquidad.

Los judíos, en su obstinada rebeldía, rechazaron el último ofrecimiento de misericordia. Entonces, Dios retiró su protección de ellos. La nación fue abandonada al control del líder que había escogido. Satanás despertó las pasiones más feroces y degradadas del alma. Las personas eran irrazonables, y estaban dominadas por el impulso y el odio ciego, y actuaban con crueldad satánica. Amigos y parientes se traicionaban unos a otros. Los padres mataban a los hijos; y los hijos, a los padres. Los gobernantes no tenían poder para gobernarse a sí mismos. Las pasiones desordenadas los convertían en tiranos. Los judíos habían aceptado un falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora, falsas acusaciones hacían insegura su vida. El temor de Dios ya no les preocupaba. Satanás estaba a la cabeza de la nación.

Los líderes de partidos opositores combatían entre sí y se mataban sin misericordia. Incluso la santidad del Templo no detenía su horrible crueldad. El Santuario fue profanado con los cadáveres de los asesinados. Sin embargo, los promotores de esta obra infernal declararon que no tenían temor de que Jerusalén fuera destruida. Era la ciudad de Dios. Incluso cuando las legiones romanas rodearon el Templo, las multitudes se aferraron a su creencia de que el Altísimo se interpondría para derrotar a los adversarios. Pero Israel había despreciado la protección divina, y ahora no tenía defensa.

Presagios de una calamidad

Todas las predicciones dadas por Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Aparecieron señales y milagros. Durante siete años, un hombre estuvo recorriendo las calles de Jerusalén, declarando las desgracias que vendrían. Este extraño personaje fue apresado y azotado, pero ante el insulto y los maltratos, solamente contestaba: “¡Ay, ay de Jerusalén!” Finalmente, fue asesinado durante el sitio de la ciudad que él predijo.

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Después de que los romanos habían rodeado la ciudad bajo el mando de Cestio, inesperadamente

abandonaron el sitio cuando todo parecía favorable para el ataque. El general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. La señal prometida había sido dada a los cristianos que la esperaban (S. Lucas 21:20, 21).

Los hechos se desarrollaron de tal manera que ni los judíos ni los romanos hubieran podido evitar la huida de los cristianos. Ante la retirada de Cestio, los judíos lo persiguieron, y mientras ambas fuerzas estaban así completamente ocupadas en batalla, los cristianos de todo el país pudieron escapar sin problemas a un lugar seguro: la ciudad de Pela.

Las fuerzas judías, al perseguir a Cestio y a su ejército, lo atacaron por la retaguardia. Solo con gran dificultad pudieron los romanos efectuar su retirada. Los judíos, con sus despojos, regresaron en triunfo a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito les trajo solo el mal. Inspiró ese espíritu de tenaz resistencia a los romanos que trajo indescribibles sufrimientos a la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito reanudó el sitio. La ciudad fue rodeada en ocasión de la Pascua, cuando millones de judíos se reunían dentro de sus muros. Anteriormente, muchos depósitos de provisiones habían sido destruidos debido a las luchas de las facciones contendientes. Ahora empezaron a experimentarse todos los horrores del hambre. Los hombres roían el cuero de sus cinturones y sus sandalias, y las cubiertas de sus escudos. Gran cantidad salía de noche para juntar plantas silvestres que crecían fuera de los muros de la ciudad, aunque muchos eran capturados y muertos en medio de crueles torturas. A menudo, a los que regresaban salvos se les robaba todo lo que habían recogido. Los esposos despojaban a sus esposas; y las esposas, a sus maridos. Los hijos arrebataban el alimento de las bocas de sus padres ancianos.

Los dirigentes romanos trataron de aterrorizar a los judíos y así obligarlos a rendirse. Los prisioneros eran azotados, torturados y crucificados ante los muros de la ciudad. A lo largo del valle de Josafat y en el Calvario, se levantaron cruces en tal cantidad que apenas había lugar para moverse entre ellas. De esta manera, fue castigada aquella imprecación terrible pronunciada ante Pilato: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (S. Mateo 27:25).

Tito se llenó de horror al ver los cadáveres amontonados en los valles. Como si estuviera en trance, observó el magnífico Templo, y ordenó que no se tocara ninguna piedra de su estructura. Dirigió un ferviente llamamiento a los líderes judíos para que no lo obligaran a contaminar con sangre el Lugar Sagrado. ¡Si lucharan en cualquier otro lugar, ningún romano violaría la santidad del Templo! Josefo mismo les rogó que se rindieran para salvarse, y para salvar también la ciudad y el lugar de culto; pero fue rechazado con amargas maldiciones. Arrojaron flechas contra él, su último mediador humano. Los esfuerzos de Tito para salvar el Templo fueron en vano. Uno mayor que él había declarado que no sería dejada piedra sobre piedra.

Finalmente, Tito, determinado a salvar el Templo de la destrucción, si era posible, decidió tomarlo por asalto. Pero sus órdenes fueron desobedecidas. Un soldado, aprovechándose de una abertura en el pórtico, arrojó un leño encendido, e inmediatamente las salas revestidas de cedro que rodeaban la casa santa estuvieron

envueltas en llamas. Tito se precipitó al lugar y ordenó a los soldados que apagarán las llamas, pero sus palabras no fueron obedecidas. En su furia, los soldados arrojaron antorchas encendidas a las salas adjuntas del Templo y masacraron a los que habían hallado refugio en ellas. La sangre corría como agua por las escaleras del Templo.

Después de la destrucción del Templo, la ciudad entera cayó en poder de los romanos. Los dirigentes judíos abandonaron sus torres impenetrables. Tito declaró que Dios los había entregado en sus manos, pues ninguna maquinaria, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra esas estupendas fortalezas. Tanto la ciudad como el Templo fueron arrasados hasta sus fundamentos, y el terreno en el que estaba edificada la Casa Santa fue “arada como un campo” (ver Jeremías 26:18). Más de un millón de personas perecieron; los que sobrevivieron fueron conducidos como cautivos, vendidos como esclavos, arrastrados a Roma, arrojados a las bestias salvajes en los anfiteatros o dispersados como errantes peregrinos por la Tierra.

Los judíos habían colmado la copa de la venganza. En todas las desgracias que siguieron a su dispersión, estaban recogiendo la cosecha que sus propias manos habían sembrado. “Voy a destruirte, Israel, porque estás contra quien te ayuda. [...] ¡Tu perversidad te ha hecho caer!” (Oseas 13:9; 14:1). A menudo, los sufrimientos de los judíos son representados como un castigo ordenado directamente por Dios. De este modo, el gran engañador trata de disfrazar su propia obra. A causa de un rechazo caprichoso del amor y la misericordia divinos, los judíos habían hecho que se les retirara la protección de Dios.

No podemos saber cuánto le debemos a Cristo por la paz y la protección que disfrutamos. El poder refrenador de Dios impide que la humanidad caiga enteramente bajo el dominio de Satanás. Aun los desobedientes y desagradecidos tienen muchas razones para agradecer a Dios por su misericordia. Pero, cuando los seres humanos traspasan los límites de la tolerancia divina, el poder refrenador es quitado. Dios no actúa como el verdugo de la sentencia contra la transgresión. Él deja que los que rechazan su misericordia cosechen aquello que han sembrado. Cada rayo de luz rechazado es una semilla sembrada que produce su infalible cosecha. El Espíritu de Dios, persistentemente resistido, al fin se retira. Entonces no queda ningún poder para controlar las malas pasiones del alma, ninguna protección contra la malicia y la enemistad de Satanás.

La destrucción de Jerusalén es una solemne advertencia dirigida a todos los que rechazan las súplicas de la misericordia divina. La profecía del Salvador con relación a los juicios sobre Jerusalén todavía tendrá otro cumplimiento. En el destino de la ciudad escogida podemos ver el destino funesto de un mundo que ha rechazado la misericordia de Dios y pisoteado su Ley. Oscuros son los registros de la miseria humana que el mundo ha presenciado. Terribles han sido los resultados de rechazar la autoridad del Cielo. Pero una escena aún más tenebrosa es lo que se presenta en las revelaciones del futuro. Cuando el Espíritu refrenador de Dios se haya retirado totalmente, para no contener más el estallido de

la pasión humana y de la ira satánica, el mundo contemplará, como nunca antes, los resultados del gobierno de Satanás.

En ese día, como en la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será librado (ver Isaías 4:3; S. Mateo 24:30, 31). Cristo vendrá por segunda vez para reunir a sus fieles consigo, “y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo” (S. Mateo 24:30, 31).

Los hombres deben cuidarse de no menospreciar las palabras de Cristo. Así como advirtió a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén para que huyeran de ella, así ha advertido al mundo acerca del día de la destrucción final. Todos los que quieran podrán huir de la ira que vendrá. “Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra, las naciones estarán angustiadas y perplejas” (S. Lucas 21:25; ver también S. Mateo 24:29; S. Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17). “Por lo tanto, manténganse despiertos”, es la amonestación de Cristo (S. Marcos 13:35). Los que escuchen la advertencia no serán dejados en tinieblas.

El mundo no está más dispuesto a creer el mensaje para este tiempo de lo que estaban los judíos para recibir la advertencia del Salvador con relación a Jerusalén. Sin importar cuándo venga, el día de Dios sobrevendrá en forma inadvertida para los impíos. Cuando la vida continúe su curso invariable; cuando los hombres estén embelesados en el placer, en los negocios, en la persecución del dinero; cuando los dirigentes religiosos estén admirando el progreso del mundo, y el pueblo esté adormecido en una falsa seguridad; entonces, así como el ladrón a medianoche entra en una casa sin custodia, vendrá la destrucción sobre los indiferentes e impíos, y “de ninguna manera podrán escapar” (ver 1 Tesalonicenses 5:2-5).

Capítulo 2

La lealtad y la fe de los primeros cristianos

Jesús les reveló a sus discípulos la historia de su pueblo, desde el tiempo en que él sería arrebatado al Cielo hasta su regreso con poder y gloria. Penetrando profundamente en el futuro, su ojo vislumbró las violentas tempestades que caerían sobre sus seguidores en los años futuros de persecución (ver S. Mateo 24:9, 21, 22). Los seguidores de Cristo deben recorrer la misma senda de humillación y sufrimiento que transitó su Maestro. La enemistad que soportó el Redentor del mundo se manifestaría contra todos los que creyeran en su nombre.

El paganismo se dio cuenta de que, si triunfaba el evangelio, sus templos y sus altares serían arrasados; por lo tanto, se encendieron los fuegos de la persecución. A los cristianos se los despojaba de sus posesiones y se los expulsaba de sus hogares. Nobles y esclavos, ricos y pobres, cultos e ignorantes, fueron sin misericordia sacrificados en gran número.

Comenzando bajo Nerón, las persecuciones continuaron durante siglos. Se declaró falsamente que los cristianos eran la causa del hambre, las plagas y los terremotos. Había acusadores listos (bajo soborno) para traicionar a los inocentes, y acusarlos de rebeldes y dañinos para la sociedad. Muchísimos fueron arrojados a las bestias salvajes o quemados vivos en los anfiteatros. Algunos fueron crucificados; otros fueron cubiertos con pieles de animales salvajes y arrojados a la arena para ser despedazados por los perros. En las fiestas públicas, grandes multitudes se reunían para gozar del espectáculo y festejar con risas y aplausos la agonía mortal de los mártires.

Los seguidores de Cristo se veían obligados a ocultarse en lugares aislados. Fuera de los muros de la ciudad de Roma, entre las colinas, se habían construido largas galerías subterráneas, a través de la tierra y la roca, de muchos kilómetros de longitud. En estos refugios ocultos, los seguidores de Cristo enterraban a sus muertos. Allí también, cuando eran perseguidos, hallaban un hogar. Muchos recordaron las palabras de su Maestro de que, cuando fueran perseguidos por causa de Cristo, debían alegrarse en gran manera. Grande sería su recompensa en los Cielos, porque de la misma forma habían sido perseguidos los profetas antes que ellos (ver S. Mateo 5:11, 12).

Canciones de triunfo ascendían de en medio de las llamas crepitantes. Por fe, vieron a Cristo y a los ángeles observándolos con el más profundo interés y

aprobando su firmeza. Resonaba la voz desde el Trono de Dios: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10).

Satanás se esforzó en vano por destruir a la iglesia de Cristo por medio de la violencia. Los obreros de Dios eran sacrificados, pero el evangelio continuaba esparciéndose y sus adherentes aumentaban. Dijo un cristiano: “Más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla”.¹

Frente a ello, Satanás formuló sus planes para tener mayor éxito en su lucha contra Dios, poniendo su bandera dentro de la iglesia cristiana para obtener por engaño lo que no podía conseguir por la fuerza. La persecución cesó, y fue reemplazada por los atractivos de la prosperidad temporal y el honor. Los ídólatras fueron inducidos a recibir una parte de la fe cristiana, mientras que rechazaban verdades esenciales. Profesaban aceptar a Jesús, pero no tenían convicción del pecado y no sentían ninguna necesidad de arrepentimiento o de un cambio de corazón. Hicieron algunas concesiones de su parte, y propusieron que los cristianos hicieran también las suyas, para que todos pudieran unirse sobre la plataforma de “la fe en Cristo”.

Ahora, la iglesia se encontraba ante un terrible peligro. ¡El encarcelamiento, la tortura, el fuego y la espada eran bendiciones en comparación con esto! Algunos cristianos se mantuvieron firmes. Otros estaban a favor de modificar su fe y, bajo el manto de un cristianismo fingido, Satanás se fue introduciendo en la iglesia para corromper su fe.

Finalmente, la mayoría de los cristianos rebajó las normas. Se formó una unión entre el cristianismo y el paganismo. Aunque los adoradores de ídolos profesaban unirse a la iglesia, continuaban aferrándose a su idolatría, cambiando únicamente los objetos de su culto por imágenes de Jesús, y aun de María y de los santos. Doctrinas falsas, ritos supersticiosos y ceremonias ídólatras se incorporaron a la fe y al culto de la iglesia. La religión cristiana llegó a corromperse, y la iglesia perdió su pureza y su poder. Sin embargo, algunos no fueron engañados. Continuaron manteniendo su fidelidad al Autor de la verdad.

Dos clases en la iglesia

Siempre ha habido dos clases entre los que profesan seguir a Cristo. Mientras que una clase de personas estudia la vida del Salvador y trata con todo fervor de corregir sus defectos y conformar su vida con el gran Modelo, la otra clase evita las verdades sencillas y prácticas que exponen sus errores. Aun en su mejor estado, la iglesia nunca estuvo totalmente compuesta por personas veraces y sinceras. Judas fue contado con los discípulos, para que por la instrucción y el ejemplo de Cristo pudiera ser inducido a ver sus errores. Pero, al ceder al pecado, atrajo las tentaciones de Satanás. Se enojó cuando sus faltas fueron reprobadas, y eso lo llevó a traicionar a su Maestro (ver S. Marcos 14:10, 11).

Ananías y Safira fingieron hacer un sacrificio completo en favor de Dios, pero retuvieron en forma codiciosa una porción para sí mismos. El Espíritu de verdad

¹Tertuliano, *Apología*, cap. 50.

les reveló a los apóstoles el verdadero carácter de estos farsantes, y los juicios de Dios libraron a la iglesia de aquella inmunda mancha que mancillaba su pureza (ver Hechos 5:1-11). Cuando la persecución sobrevino a los seguidores de Cristo, solamente los que estaban dispuestos a abandonarlo todo por la verdad deseaban llegar a ser sus discípulos. Pero, cuando cesó la persecución, se añadieron conversos que eran menos sinceros, y el camino quedó abierto para la infiltración de Satanás.

Cuando los cristianos consintieron en unirse con los que eran semiconvertidos del paganismo, Satanás se regocijó, y entonces los inspiró a perseguir a los que se mantenían fieles a Dios. Estos cristianos apóstatas, al unirse con compañeros semipaganos, dirigieron su guerra contra los rasgos más esenciales de las doctrinas de Cristo. Se necesitaba una lucha desesperada para mantenerse firme contra los engaños y las abominaciones introducidas en la iglesia. La Biblia no era aceptada como norma de fe. La doctrina de la libertad religiosa fue calificada como herejía, y los que la sostenían fueron perseguidos.

Tras largo conflicto, los fieles vieron que era absolutamente necesario separarse. No se atrevían a tolerar errores fatales para su propia alma y poner así en peligro la fe de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Sentían que sacrificar un principio por amor a la paz era un precio demasiado alto. Si solo se podía asegurar la unidad haciendo concesiones a la verdad y la justicia, entonces habría diferencias e incluso guerra.

Los primeros cristianos ciertamente eran un pueblo peculiar. Eran pocos en número, sin riquezas, sin jerarquía ni títulos honoríficos, y los impíos los odiaban, como Caín odió a Abel (ver Génesis 4:1-10). Desde los días de Cristo hasta hoy, sus fieles discípulos han suscitado el odio y la oposición de los que aman el pecado.

Entonces, ¿cómo es que el evangelio puede considerarse un mensaje de paz? Los ángeles cantaron en las llanuras de Belén: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad" (S. Lucas 2:14). Existe aparente contradicción entre estas declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: "No vine a traer paz, sino espada" (S. Mateo 10:34). Sin embargo, si ambas declaraciones se entienden correctamente, existe entre ellas perfecta armonía. El evangelio es un mensaje de paz. La religión de Cristo, recibida y obedecida, extendería la paz y la felicidad por el mundo entero. La misión de Jesús fue reconciliar a los seres humanos con Dios, y así reconciliarlos mutuamente. Pero el mundo en general está bajo el control de Satanás, el enemigo más acérrimo de Cristo. El evangelio presenta principios de vida que están en total desacuerdo con los hábitos y los deseos de los seres humanos, y estos se rebelan contra él. Odian la pureza que condena el pecado, y persiguen a los que los instan a obedecer sus santas demandas. Es en este sentido que el evangelio se convierte en una espada.

Muchos que son débiles en la fe pierden su confianza en Dios, porque él permite que las personas malas prosperen, en tanto que las mejores y más puras son atormentadas por el cruel poderío de los malvados. ¿Cómo puede alguien que es justo y misericordioso, y que tiene poder infinito, tolerar tal injusticia? Dios nos ha dado suficientes pruebas de su amor. No debemos dudar de su bondad porque

no podamos entender su providencia. El Salvador dijo: “Recuerden lo que les dije: ‘Ningún siervo es más que su amo’. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán” (S. Juan 15:20). Los que son llamados a soportar la tortura y el martirio simplemente están siguiendo los pasos del amado Hijo de Dios.

Los justos son colocados en el horno de la aflicción para ser purificados, para que su ejemplo convenza a otros acerca de la realidad de la fe y la bondad, y para que su conducta consecuente condene a los impíos e incrédulos. Dios permite que los malvados prosperen y revelen su enemistad contra él con el fin de que todos vean la justicia del Señor y su misericordia en la total destrucción que sufrirán los malos. Todo acto de crueldad hacia los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido realizado contra Cristo mismo.

Pablo declara que “serán perseguidos todos los que quieran llevar una vida piadosa en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:12). ¿Por qué, entonces, la persecución parece actualmente adormecida? La única razón es que la iglesia se ha conformado con las normas del mundo y, por lo tanto, no despierta ninguna oposición. La religión de nuestros tiempos no es la religión pura y santa de Cristo y sus apóstoles. Puesto que las verdades de la Palabra de Dios son tratadas con indiferencia, puesto que existe tan poca piedad vital en la iglesia, el cristianismo resulta popular en el mundo. Si se produjera un reavivamiento de la fe como en la iglesia primitiva, los fuegos de la persecución volverían a encenderse.

Una era de tinieblas espirituales

El apóstol Pablo declaró que el día de Cristo no vendría “sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, es decir, el hijo de perdición, el cual se opone y se enfrenta a todo lo que se llama Dios o es objeto de culto. Llega al grado de sentarse en el templo de Dios y de ocupar su lugar, haciéndose pasar por Dios”. Además, declaró que “el misterio de la iniquidad ya está en acción” (2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7, RVC). Aun en esas primeras décadas, el apóstol vio que algunos errores ya se estaban introduciendo en la iglesia, los cuales prepararían el camino para el papado.

Poco a poco “el misterio de la iniquidad” fue desarrollando su obra engañosa. Las costumbres paganas se fueron introduciendo en la iglesia cristiana, aunque fueron restringidas por un tiempo por las terribles persecuciones que se realizaron bajo el paganismo; pero cuando cesó la persecución, el cristianismo abandonó la humilde sencillez de Cristo, y la reemplazó por la pompa de los sacerdotes y los gobernantes paganos. La conversión nominal de Constantino causó gran regocijo. Ahora la obra de corrupción progresaba rápidamente. El paganismo, que parecía conquistado, se convirtió en el conquistador. Sus doctrinas y sus supersticiones fueron incorporadas en la fe de los profesos seguidores de Cristo.

Esta alianza entre el paganismo y el cristianismo dio como resultado la formación del “hombre de pecado” predicho en la profecía. Esa falsa religión es una obra maestra de Satanás, y de su esfuerzo para sentarse en el trono con el fin de gobernar la Tierra de acuerdo con su voluntad.

Una de las principales doctrinas del romanismo enseña que el Papa se halla investido de suprema autoridad sobre los obispos y pastores de todo el mundo. Más que esto, el Papa ha sido denominado “Señor Dios el Papa” y declarado infalible. Satanás sostiene la misma pretensión que tuvo en el desierto de la tentación, ahora por medio de la Iglesia de Roma, y vastas multitudes le rinden homenaje.

Pero, los que reverencian a Dios hacen frente a esta pretensión, como Cristo hizo frente a su astuto enemigo: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él” (S. Lucas 4:8). Dios nunca ha nombrado a ser humano alguno como cabeza de la iglesia. La supremacía papal es algo contrario a las Escrituras. El Papa no puede tener poder sobre la iglesia de Cristo, excepto por usurpación. Los partidarios de Roma presentan ante los protestantes la acusación de haberse separado obstinadamente de la verdadera iglesia. Pero ellos son los que se han apartado de “la fe que una vez fue dada a los santos” (S. Judas 1:3, RVC).

Satanás sabe bien que el Salvador resistió sus ataques mediante las Sagradas Escrituras. Ante cada asalto, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna, diciendo: “Escrito está”. Para que Satanás pueda ejercer su dominio sobre los seres humanos y establecer la usurpadora autoridad papal, necesita que ignoren las Escrituras. Las sagradas verdades de la Biblia debían ser ocultadas y suprimidas. Durante centenares de años, la circulación de la Biblia fue prohibida por la Iglesia Romana. Se le prohibía a la gente leerla. Sacerdotes y prelados interpretaban sus enseñanzas para sostener sus pretensiones. Así, el Papa llegó a ser reconocido casi universalmente como el vicario de Dios en la Tierra.

Cómo se “cambió” el sábado

La profecía declaraba que el papado iba a “cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25, RV 60). Para poder reemplazar el culto a los ídolos, se introdujo gradualmente la adoración de las imágenes y las reliquias en el culto cristiano. El decreto de un concilio general finalmente estableció esta idolatría. Roma se atrevió a borrar de la Ley de Dios el segundo Mandamiento, que prohíbe adorar imágenes, y a dividir el décimo en dos, con el fin de conservar el número total.

Dirigentes inconversos de la iglesia atentaron también contra el cuarto mandamiento de la Ley, para eliminar el descanso del sábado histórico, el día que Dios había bendecido y santificado (Génesis 2:2, 3), y exaltar en su lugar el día festivo observado por los paganos como “el venerable día del sol”. En los primeros siglos, todos los cristianos habían guardado el verdadero sábado, pero Satanás trabajó para alcanzar su objetivo. El domingo fue hecho un día festivo en honor de la resurrección de Cristo. Se realizaban servicios religiosos en él, aunque se lo consideraba como un día de recreación, mientras que el sábado continuaba siendo observado sagradamente.

Satanás había inducido a los judíos, antes del advenimiento de Cristo, a sobrecargar el sábado con exigencias rigurosas, y lo convirtió en una carga. Ahora, aprovechándose de la falsa luz que había arrojado sobre él, hizo que los cristianos lo despreciaran como una institución “judía”. Mientras que en general continuaban observando el domingo como día festivo de gozo, los indujo a considerar el sábado como un día de tristeza y de pesar, para manifestar odio hacia el judaísmo.

El emperador Constantino promulgó un decreto en el que convertía al domingo en una festividad pública para todo el Imperio Romano. El día del sol fue entonces reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos. Constantino fue instado a hacer esto por los obispos de la iglesia. Motivados por una sed de poder, percibieron que si tanto cristianos como paganos observaban el mismo día se haría progresar el poderío y la gloria de la iglesia. Pero, aunque muchos cristianos que temían a Dios fueron inducidos gradualmente a considerar el domingo como un día que poseía cierto grado de santidad, todavía se mantenían fieles al descanso sabático y observaban ese día en obediencia al cuarto Mandamiento.

El archiengañosador no había completado su obra, y estaba resuelto a ejercer su poder por medio de su vicario, el orgulloso pontífice que pretendía representar a

Cristo. Se realizaron grandes concilios en los que se reunieron dignatarios de todo el mundo. Prácticamente en cada concilio empequeñecían cada vez más el sábado, en tanto que exaltaban el domingo. Así, la festividad pagana llegó finalmente a ser honrada como institución divina, mientras que el sábado de la Biblia fue proclamado como una reliquia del judaísmo y su observancia fue declarada maldita.

El apóstata había tenido éxito en exaltarse a sí mismo sobre “todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de adoración” (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la Ley divina que señala al Dios vivo y verdadero. El cuarto Mandamiento revela a Dios como el Creador. Al ser la conmemoración de la obra de la Creación, el séptimo día fue santificado como el día de descanso para la humanidad, designado para mantener siempre al Dios vivo en la mente de los seres humanos como objeto de adoración. Satanás lucha para desviar a los seres humanos de la obediencia a la Ley de Dios; por lo tanto, dirige sus esfuerzos especialmente contra el mandamiento que señala a Dios como el Creador.

Los protestantes ahora alegan que la resurrección de Cristo en el día domingo lo convirtió en el sábado cristiano. Pero ni Cristo ni sus apóstoles le otorgaron tal honor a ese día. La observancia del domingo tuvo su origen en el “misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7, RVC) que, ya en los días de Pablo, había comenzado su obra. ¿Qué razón puede ofrecerse para justificar un cambio que las Escrituras no aprueban?

En el siglo VI el obispo de Roma fue declarado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dado lugar al papado. El dragón le había dado a la bestia “su poder, su trono y gran autoridad” (Apocalipsis 13:2).

Ahora habían empezado los 1.260 años de opresión papal, predichos en las profecías de Daniel y Apocalipsis (Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7). Los cristianos eran obligados a elegir entre abandonar su integridad y aceptar las ceremonias y el culto papal, por una parte, o pasar la vida en calabozos y sufrir la muerte, por la otra. Ahora se cumplían las palabras de Jesús: “Ustedes serán traicionados aun por sus padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de ustedes se les dará muerte. Todo el mundo los odiará por causa de mi nombre” (S. Lucas 21:16, 17).

El mundo llegó a ser un extenso campo de batalla. Durante centenares de años, la iglesia de Cristo encontró refugio en la reclusión y la oscuridad. “Y la mujer [la iglesia verdadera] huyó al desierto, a un lugar que Dios le había preparado para que allí la sustentaran durante mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6).

La llegada de la Iglesia Romana al poder señaló el comienzo de la Edad Media, la edad oscura. La fe fue transferida de Cristo al Papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y la salvación eterna, el pueblo miraba al Papa y a los sacerdotes a quienes él había investido de autoridad. El Papa era su mediador terrenal. Ocupaba para ellos el lugar de Dios. Una desviación de los requerimientos que él había impuesto era suficiente para que fueran castigados severamente. De esta forma, las mentes del pueblo fueron desviadas de Dios hacia seres humanos crueles y falibles; más aún, hacia el mismo príncipe de las tinieblas, quien ejercía su poder por medio de ellos. Cuando se suprimen las Escrituras

y el ser humano empieza a considerarse como supremo, solo aparecen el fraude, el engaño y la vil iniquidad.

Días de peligro para la iglesia

Los fieles que sostenían el estandarte eran pocos. A veces parecía que el error prevalecería por completo, y que la verdadera religión sería desterrada de la Tierra. Se perdía de vista el evangelio, y el pueblo era recargado con rigurosos impuestos. Se enseñaba a la gente a confiar en las obras propias para conseguir el perdón de sus pecados. Largas peregrinaciones, actos de penitencia, el culto a las reliquias, la construcción de iglesias, santuarios y altares, el pago de grandes sumas a la iglesia: estas eran las cosas impuestas para aplacar la ira de Dios o para asegurar su favor.

Hacia el final del siglo VIII, los partidarios del Papa empezaron a sostener que, en los primeros siglos de la iglesia, los obispos de Roma habían poseído los mismos poderes espirituales que ahora ellos se arrogaban. Los monjes falsificaron escritos antiguos. Se descubrieron decretos conciliares de los que nunca se había oído, que establecían la supremacía universal del Papa desde los primeros tiempos.

Los fieles que edificaban sobre el seguro fundamento (1 Corintios 3:10, 11) estaban perplejos. Cansados de la lucha constante contra la persecución, el fraude y cualquier otro obstáculo que Satanás pudiera idear, algunos que habían sido fieles se desanimaron. Por el bien de la paz y la seguridad de sus propiedades y su vida, abandonaron el seguro fundamento. Pero otros no se dejaron intimidar por la oposición de sus enemigos.

El culto de las imágenes se hizo general. Se encendían velas ante ellas y se les ofrecían oraciones. Se practicaban las más absurdas costumbres y la razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras los preladados y los obispos eran personas corruptas y amantes del placer, la gente que esperaba de ellos dirección estaba sumergida en la ignorancia y el vicio.

En el siglo XI el papa Gregorio VII proclamó que la iglesia nunca se había equivocado, y que jamás se equivocaría, y pretendió que eso estaba de acuerdo con las Escrituras. Pero ninguna prueba bíblica acompañaba esa declaración. El orgulloso pontífice también pretendía tener autoridad para remover emperadores. Una ilustración del carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad fue la forma en que trató al emperador alemán Enrique IV. Por considerar que este había desestimado la autoridad del Papa, Enrique IV fue excomulgado y destronado. Sus propios príncipes fueron animados a rebelarse contra él por mandato papal.

Enrique sintió la necesidad de hacer las paces con Roma. Acompañado por su esposa y un fiel sirviente, cruzó los Alpes en pleno invierno para humillarse ante el Papa. Al llegar al castillo de Gregorio, fue conducido a un atrio exterior. Allí, en medio del severo frío del invierno, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, esperó el permiso del Papa para aparecer ante su presencia. Solamente después de haber pasado tres días de ayuno y confesión, el pontífice le concedió el perdón. Y esto todavía con la condición de que debía esperar la autorización del Papa para

volver a usar las insignias reales o ejercer su poder. Gregorio, envanecido con su triunfo, se jactó de que era su deber humillar el orgullo de los reyes.

Cuán notable es el contraste entre este abusivo pontífice y Cristo, que se presenta a sí mismo pidiendo entrada a la puerta del corazón. Él les enseñó a sus discípulos: “El que entre ustedes quiera ser el primero, será su siervo” (S. Mateo 20:27, NBLA).

Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían ejercido su influencia en la iglesia. Muchos aún se aferraban a los principios de la filosofía secular e instaban a otros a estudiarla como un medio para extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron serios errores en la fe cristiana.

Cómo se introdujeron las falsas doctrinas

Entre las falsas doctrinas, se destacan la creencia en la inmortalidad natural del ser humano y su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina forma el fundamento sobre el que Roma estableció la invocación de los santos y la adoración a la Virgen María. De esto surgió también la herejía del tormento eterno para los que eran definitivamente impenitentes, que muy pronto fue incorporada al credo papal.

Estaba preparado el camino para otra invención del paganismo: el Purgatorio, empleado para aterrorizar a las multitudes supersticiosas. Esta herejía afirma la existencia de un lugar de tormento donde las almas de los que no habían merecido la eterna condenación sufren un castigo por sus pecados. Desde allí, cuando son limpiadas de la impureza, son admitidas en el Cielo.

Todavía se necesitaba otra mentira para permitir que Roma se beneficiara de los temores y los vicios de sus seguidores: la doctrina de las indulgencias. Se prometía la completa remisión de los pecados pasados, presentes y futuros a todos los que se alistaran en las guerras del pontífice para castigar a sus enemigos o para exterminar a aquellos que osaran negar su supremacía espiritual. Mediante el pago de dinero a la iglesia, las personas podían liberarse de sus pecados y también liberar a las almas de los amigos muertos que sufrían en las llamas atormentadoras. De esta manera, Roma llenó sus cofres y sostuvo la magnificencia, el lujo y el vicio de los que afirmaban ser representantes de aquel que no tenía dónde reclinar la cabeza.

La institución bíblica de la Cena del Señor fue reemplazada por el sacrificio idólatrico de la misa. Los sacerdotes papales pretendían convertir el sencillo pan y el vino en el verdadero “cuerpo y sangre de Cristo”.¹ Con blasfemia osadía, abiertamente reclamaban el poder de crear a Dios, el Creador de todas las cosas. Se exigía que los cristianos, bajo pena mortal, manifestaran su fe en esta herejía que ofendía al Cielo.

En el siglo XIII se estableció la más terrible maquinaria del papado: la Inquisición. En sus concilios secretos, Satanás dominaba la mente de esas personas perversas. Sin ser visto por ellas, un ángel de Dios tomaba nota de sus terribles e inicuos decretos y registraba la historia de hechos demasiado horribles para los

¹ Conferencias del cardenal Wiseman sobre “The Real Presence” [La presencia real], conf. 8, sec. 3, párr. 26.

ojos humanos. “La gran Babilonia” “se había emborrachado con la sangre de los santos” (ver Apocalipsis 17:5, 6). Los cuerpos mutilados de millones de mártires clamaban a Dios por venganza contra ese poder apóstata.

El papado había llegado a ser el tirano del mundo. Reyes y emperadores se inclinaban ante los decretos del pontífice romano. Durante centenares de años, las doctrinas de Roma se recibieron sumisamente. Se honró y sostuvo generosamente a sus clérigos. Desde entonces, nunca la Iglesia Romana alcanzó de nuevo tanto rango, brillo o poder.

Pero “el mediodía del papado fue la medianoche del mundo”.² Las Escrituras eran casi desconocidas. Los dirigentes papales odiaban la luz que revelaba sus pecados. Habiéndose eliminado la Ley de Dios, la norma de justicia, practicaban vicios sin restricción. Los palacios de los papas y los prelados eran escenarios de vil libertinaje. Algunos de los pontífices eran culpables de crímenes tan horrorosos que los gobernantes seculares intentaron destronarlos por ser monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos, Europa se estancó en materia de saber, arte y civilización. Una parálisis moral e intelectual había dominado a la cristiandad.

¡Estos fueron los resultados de haber desterrado la Palabra de Dios!

² J. A. Wylie, *The History of Protestantism* [La historia del protestantismo], lib. 1, cap. 4.